

Julián Marías nace en 1914 en Valladolid.

Discípulo de Ortega, en la guerra civil actúa como hombre de confianza de Julián Besteiro.

El levantamiento de una parte del Ejército contra el Gobierno de la República es la expresión de la voluntad decidida, de las dos facciones enfrentadas ante los problemas de España, de resolver la cuestión por medio de la violencia.

Monárquicos, carlistas, falangistas, cristianos, nacionalistas, socialistas, anarquistas y comunistas están de acuerdo, implícitamente, en que la cosa debe resolverse por "las bravas".

Algunas de estas facciones, muy activas, tiene mucho que ganar y menos que perder en la lotería que se va a sortear.

Menos comprensible es la actitud de los grupos socialmente preponderantes, pero el hecho es que, quizás dominados por algunos líderes fanáticos, también se dirigen sin reservas hacia el fatal juego en el que se puede ganar todo pero igualmente se puede perderlo todo.

Eso no quiere decir que no existan personas que prefieran un mal acuerdo antes que el pleito violento que se avecina.

Existen pero en general se resignan ante la fatalidad del conflicto que viene.

Ángel Herrera se va en la primavera del 36 a Suiza; sin dudar de su vocación religiosa ¿no es lógico pensar que si hubiera visto una posibilidad razonable de llegar a un acuerdo entre las dos fracciones habría pospuesto sus planes de entrar en el sacerdocio?

Ya en verano y con la guerra iniciada, se marcha también a Suiza Salvador de Madariaga: ¿no es lógico pensar que si hubiera entrevisto una mínima probabilidad de frenar la contienda se habría quedado para ayudar en una hipotética negociación?

Y como ellos dos se puede apostar que los muchos españoles que se inclinan personalmente por el diálogo y las mutuas concesiones, entienden que es la hora de los cañones y que no se puede hacer nada para evitarlo.

Son muchos los que se entregan a la fatalidad, pero no todos: hay unos pocos que no pierden la esperanza y que van a enfrentarse a la sinrazón de la inmensa mayoría que, por activa o por pasiva, se va a entregar a una guerra incierta en cuanto a su resultado y a su duración.

Y entre esos pocos, poquísimos quijotes, están Besteiro y Marías.

Los dos acaban en la cárcel, claro.

Besteiro es acusado por el fiscal, con una lógica inaudita, de sumarse a una rebelión. ¿Rebelión? ¿Contra qué?

Pues para todo hay argumentos: parece que el cese del presidente de la República, Alcalá Zamora, ha colocado al Régimen republicano en situación de revuelta contra la columna básica de su propio edificio, es decir, su Constitución.

En fin.

El caso es que, debido a su honestidad personal, la petición de pena de muerte de la acusación se ve rebajada a condena perpetua primero, y a 30 años más tarde.

Es lo mismo, Besteiro tiene su salud minada y morirá en la cárcel en el otoño de 1940.

También Marías es detenido.

En una primera vista de su caso lo que queda claro es el escaso fundamento de las acusaciones contra el joven doctor en Filosofía.

No importa; acaba en prisión.

Pero Julián no se rinde, sino todo lo contrario; su juventud y su fortaleza mental le permiten vivir este tiempo carcelario con una clara positividad.

Y alguien piensa que es mejor mandarle a la calle.

Aquí, en libertad y en la vida civil, la condena es cierta y terrible: no puede trabajar en aquello para lo que se ha preparado; no puede enseñar; no puede publicar en los periódicos.

Al fin se produce un pequeño agujero en el cerco que oprime a Marías: consigue el pasaporte.

Viaja al extranjero, da conferencias; bueno, parece que la cosa se va a resolver en un dorado exilio; podrá trabajar en alguna buena Universidad norteamericana y reclamar a su familia.

Pues no señores, Marías se queda: y en esa vida precaria, sin poder ejercer su trabajo en las condiciones que corresponderían a su mérito, va sacando adelante tanto su proyecto personal de vida, como a su familia.

Todo un caso ejemplar: obedeciendo al imperativo categórico, este hombre singular hace lo que debe, sin importarle lo que hagan los demás españoles.



Pero vaya hombre, resulta que la inmensa mayoría de sus compatriotas hace lo mismo, vengan de donde vengan.

Los barrenderos, los empresarios, los pescadores, los enfermeros, los transportistas, los ferroviarios, los deportistas, los cineastas...

Todos o casi todos se dedican a hacer bien su trabajo, a mejorar su vida, la de su familia, e indirectamente la de los demás compatriotas.

Entre tanto la dictadura sigue su existencia.

El general Franco había cambiado su profesión de militar por la de líder político.

Parece que fue un militar competente e incluso capaz de resolver una ecuación de tercer grado o un problema trigonométrico difícilillo.

Y hay que reconocerle que, ante los triunfos clamorosos del ejército alemán, supo mantener un cierto escepticismo.

Pero en el mundo de la política, Franco es un hombre mediocre, cuando no incompetente o incluso impotente.

No importa, tratará de navegar a favor de corriente, jugando con cierta astucia y transfiriendo a los conflictos políticos algunas máximas militares.

Y tratará de aprovechar las circunstancias favorables, por ejemplo la aparición de la guerra fría entre los dos gigantes mundiales.

Y tratará de aprovechar a la personas notables que vayan surgiendo en la política española, aunque esto tendrá una línea roja: cuando alguien sobresalga demasiado habrá que preparar su caída hacia las tinieblas de la gris oscuridad.

Esto trae consigo que finalmente Franco se vea privado de esas personas capaces de añadir un plus a lo que va caminando dentro de la normalidad convencional.

Pero eso a él no le importa: incapaz de concebir un proyecto que le trascienda sólo se interesa por mantenerse en el poder.

Esa heterogénea clase social que le sigue sí que se preocupa por el futuro y cree que Franco deja todo atado y bien atado; craso error.

Los españoles, aún sin haber oído jamás el nombre de Kant, han obedecido al imperativo categórico de hacer bien su trabajo y han creado un país en el que el franquismo simplemente no cabe, ha quedado fuera de juego.

Es cierto que la remora del franquismo, acumulada sobre siglos de falsa bonanza, cuando no de franca decadencia, ponen muy difícil la competencia del país con las naciones punteras de Europa, pero no es esa la cuestión; la cuestión es que la vida social y económica españolas no caben en las estructuras míseras del franquismo.

España ha terminado con la dictadura por reducción al absurdo.

Otra cuestión es la que plantean aquellos que han luchado frontalmente contra la dictadura, bien en el duro exilio, o en la peligrosa actividad de la lucha política o sindical en el interior.

Medio siglo después de la caída de la dictadura los luchadores antifranquistas siguen reivindicando el mérito de la victoria.

Pues no fue así, casi todo el mérito recae en los millones de españoles que, en España o en Suiza o en Alemania, hicieron que el país saliera de una miseria material y moral de siglos, para entrar en la senda de la modernidad social y económica.

Y ello a pesar del handicap doble que suponían, por un lado las limitaciones internas impuestas por la dictadura, y por el otro, la discriminación más política que económica que nos imponían desde fuera las democracias occidentales.

Otra cosa es reconocer al antifranquismo la valentía que suponía enfrentarse a un régimen policial represivo.

Aunque habría que puntualizar también que existen otros tipos de valentía.